
SOLIDARIDAD Y NEOLIBERALIZACIÓN: UN ANÁLISIS DEL CASO CHILENO

Tesis Doctoral

José Antonio Román Brugnoli

Director: Francisco Tirado

Departament de Psicologia Social, Facultat de Psicologia

Universitat Autònoma de Barcelona , 2015

1.3 SOLIDARIDADES: DECURSO, REUNIÓN Y FRAGMENTACIÓN

De lo hasta aquí revisado es posible tener una primera consideración sobre la manera en que la noción de solidaridad se ha empleado en ámbitos sociales distintos (legal/coloquial; religioso/político; filosófico/sociológico), en épocas sucesivas (imperio romano, medioevo, renacimiento, modernidad) y en territorios caracterizados por maneras de agrupación política, económica y social diferentes.

Si nos hemos detenido de una manera especial en la modernidad, y más específicamente en la polémica “solidaridad Durkheim”, es porque nos ha parecido una buena ocasión para poder caracterizar las complejidades de estas distinciones y sus tránsitos, y porque hemos creído que ese análisis podría arrojar una luz productiva sobre nuestro asunto de estudio y el problema de la solidaridad en el momento presente.

La cuestión de si la noción de solidaridad se inicia en un uso coloquial que luego es formalizado legalmente, para luego volver al ámbito de lo coloquial para especificarse religiosamente y más tarde política y científicamente, recibir allí nuevas formalizaciones para luego regresar sobre la sociabilización cotidiana, y así, recursivamente, nos pone sobre aviso sobre la importancia de atender a esta particular forma de circulación y su relación con los diferentes metabolismos entre aquellos ámbitos autonomizados del conocimiento y los saberes populares, así como entre los ámbitos de prácticas específicas en que el término es formalizado y su uso empleado para el moldeamiento de la vida cotidiana.

La encrucijada de Durkheim *solidaridad mecánica/solidaridad orgánica*, puede enfocarse desde diferentes ángulos: primero, de tomar prestado un término de cierto ámbito de uso para llevarlo a otro; segundo, emplearlo para distinguir una forma de relacionamiento colectivo- social, en ese mismo acto mitificada como precedente, que él denominó *solidaridad mecánica*, de otra forma de organización social, tomada como indicio del inicio del cumplimiento de una utopía; tercero, emplear el mismo término para denominar formas de agrupación social opuestas; y cuarto, forzar una distinción o

categorización y conectarla evolutivamente, allí donde más probablemente existieron hibridaciones complejas.

El empleo de la noción de solidaridad en Durkheim para identificar dos etapas en un proceso evolutivo de transformación social, deja abierta una hipótesis recíproca: si acaso las transformaciones sociales operan mediante transformaciones en la solidaridad social. Y también expresa una tensión entre la voluntad de un uso descriptivo o explicativo del término, y su uso normativo (Pensky, 2008).

El seguimiento que hemos realizado de la noción del término solidaridad y su debate en los inicios de la sociología moderna, sugiere que éste había prestado servicio para referir a formas de vinculación social más próximas a los parámetros de coresponsabilidad, cooperación, reciprocidad, comunión de intereses y una moral compartida. Dentro de ellas se ubicó a la familia, comunidades religiosas y asociaciones gremiales, entre otras.

El destino, o también *karma*, de la noción de solidaridad parece haber sido identificar unidades y totalidades, reglas de regulación de las relaciones y fuentes de dichas formas de agrupación. Mediante ese ejercicio de abstracción, Durkheim separa el empleo de la noción de solidaridad de su contenido tradicional, para procurarse un concepto sociológico con un poder de generalización mayor. ¿Cuál es el referente de ese nuevo concepto? Tal vez la *cohesión social*, como se ha pretendido asentar con posterioridad. (Crow, 2002).

Pero es un acto temerario que siempre ha tenido detractores el emplear un término con cierta tradición semántica, para denominar realidades que hasta cierto punto pueden aparecer como contrarias, inconmensurables o antagónicas entre sí. Algo de eso es lo que ocurre, por ejemplo, cuando Tönnies parece apelar a un sentido propio de la noción de solidaridad al contraponer el orden de la comunidad con el de la sociedad. O cuando Marx y Engels subrayan el conflicto de clases como rasgo característicos de las nuevas sociedades del capitalismo industrial, y con eso permiten observar las diferentes direcciones políticas que puede cobrar la solidaridad según se ubique en la clase dominante o en la dominada. En dicha época tal vez uno bien

hubiera podido preguntarse ¿Qué conserva de solidaridad esto que Dukheim llama *solidaridad orgánica*?

Y es que en ese acto, al tiempo que se le reconocía en Durkheim, valga el juego con la etimología, un significado *sólido* a la noción de solidaridad, en la caracterización de formas tradicionales precedentes de cuerpo tangible; al especializar y ampliar su empleo, pasa a referir paradójicamente a una cuestión de contornos más vagos e imprecisos, que quiere y no quiere ser llamada cohesión social, abriéndole en este uso general un campo referencial más bien *gaseoso*.

Gaseoso, también en la liviandad necesaria para abandonar los pesados lastres de lo particular, y elvarse hacia niveles de abstracción mayores, ampliando su poder categorial y el número y variedad de los fenómenos reclutados. Pero también muy importante, en la manera en que pretende desprenderse de su nudoso enraizamiento político, económico, ético y religioso.

Aunque es posible reconocer en cada ámbito, ahora disciplinar, una apropiación y revisión recurrente de la cuestión de la solidaridad, esta abstracción *durkheimniana* ha dado lugar en ciencias sociales a una noción amplia dentro de la que son colocados una colección de objetos de estudio⁴.

Es así como es fácil atestiguar revisando esfuerzos contemporáneos por dar cuenta de la solidaridad, que la noción más amplia de solidaridad social, que suele ser vinculada a nociones como la de cohesión social o de orden social, tiende más bien a ser fragmentada en componentes menores, como solidaridades individuales, familiares, grupales, comunitarias o de redes sociales; y su explicación tiende a distinguirse analíticamente en modelos que acentúan variables racionales, emocionales, contextuales, identitarias y de personalidad, entre otras (Crow, 2002; Doreian y Fararo, 1998; Fetchenhauer, Flache, Buunk y Linderberg, 2006; Hechter, 1987).

⁴ No acierto a darle el estatuto de categoría, ya que sería un ejercicio difícil y tal vez finalmente forzado y trivial, intentar asir la intensión que explicaría una relación entre miembros y categoría.

Una relativa excepción a esta regla ha sido el estudio del emblemático caso del movimiento obrero polaco de los años ochenta, que hizo de la noción de solidaridad su nombre y su plataforma de lucha (Crow, 2002). No obstante, esto ha dado pie, también para objetivar el estudio de los movimientos obreros (Anner, 2011) y más tarde, por extensión, intentar modelar en general el estudio de otras formas de acción colectiva y movilización social (Delgado, 2009; Íñiguez, 2003; Javaloy, 2001).

En vez de internarnos en estos objetos ya dados, lo que hemos intentado en este trabajo es seguir la advertencia con que abrimos este apartado y “tomar como objeto las operaciones sociales de nominación y los ritos de institución a través de los cuáles esas realidades se cumplen.” (Bourdieu, 1999, p. 65) y atender a “las prácticas complejas de significación de las que pueden ‘desimplificarse’ funcionamientos de sentido.” (Fabbri, 2004, p. 50).

1.4 NEOLIBERALIZACIÓN

“The market order serves no such single order of ends.” (Hayek, 1998, p. 107)

1.4.1 NEOLIBERALISMO, NEOLIBERALIZACIÓN Y GLOBALIZACIÓN

El neoliberalismo no puede comprenderse como el extremo de un continuo del pensamiento liberal ni como una clausura totalitaria de un liberalismo extremo. Es un fenómeno totalmente diferente. Tan diferente como fueron las sociedades capitalistas, respecto de las pre-capitalistas.

Y es que a diferencia del pensamiento liberal, y aún del liberalismo, el neoliberalismo no tiene como sustrato ni como objeto una idea filosófica positiva de la libertad, ni le es propia una noción de sociedad, gobierno, Estado, Nación e incluso, aunque parezca de buenas a primeras extraño, de la economía.

Y es que tampoco requiere una referencia a ninguna de estas cuestiones, ni menos a los territorios o cuerpos sociales en donde se desarrolló. El neoliberalismo es un mapa sin territorio. Por eso, en sentido estricto, tampoco podríamos decir que se mundializa o globaliza, sino que es, desde sus orígenes y hasta el fin, el mundo o el globo.

Neoliberalización, en esta dimensión, es una relación del neoliberalismo respecto de sí mismo: un desplegarse y replegarse en lo mismo.

Para comprender esto, es menester entender la centralidad de su noción de *catalaxia*: el orden en la espontaneidad o no interferencia. De ella deriva una praxeología sobre la fijación de los precios a través de los intercambios (lo que sólo figuradamente puede llamarse *libre mercado*), una realidad (el mercado), y una disciplina, una ciencia de los intercambios, del cálculo de los precios y del modelamiento de los mercados, la *cataláctica*:

“Since the name ‘catallactics’ has long ago been suggested for the science which deals with the market order and has more recently been revived, it would seem appropriate to adopt a corresponding term for the market order itself.” (Hayek, 1998, p. 108)

Que se siga usando el nombre de economía para esto, en principio resulta tan extraño como que Durkheim mantubiese el nombre de solidaridad para la organización social del capitalismo industrial. El que se siga empleando la familiar metáfora popularizada por Adams Smith de *la mano invisible*, acaso sea por su capacidad de representar lo que no tiene figura.

Y es que, se buscó, fabricó y empleó la noción de *catalaxia* justamente para alejarse totalmente de la noción de economía, vinculada desde sus orígenes a las leyes (*nomos*) de administración y distribución (*nemein*) de los haberes (*oikos*, la casa); y más aún de las ideas precedentes de *riqueza de una nación* o de política económica, acuñadas en liberal Adams Smith.

El término fue usado primero por Richard Whately en 1831 para referir a una ciencia de los intercambios, siendo usado más tarde por el economista austriaco Ludwig von Mises, para llegar a manos de quién lo volvería acuñar en 1976 para amplificar su circulación, su colega y connacional, Friedrich von Hayek, para referir “al orden que surge por el ajuste recíproco de muchas economías individuales en un mercado” (Hayek, 1998, pp. 108-109).

Como el mismo Hayek reconoce el término fue tomado de un verbo griego (katallatein) del que se sirvieron para derivar un adjetivo, *cataláctico*, y un sustantivo, *Catalaxia*, que los griegos nunca tuvieron. Curiosamente el verbo no se refería solo a intercambiar, sino también a tornar al enemigo en amigo, e incluso, admitir dentro de la comunidad (Hayek, 1998). Entonces cataláctico y Catalaxia son acuñados sólo conservando una parte de su sentido original: el intercambio; trasladándolo a un ámbito singular: el mercado; y luego amplificando ese ámbito sobre la realidad toda: como orden espontaneo del mercado o mercado que se ordena espontaneamente.

De hecho su acuñamiento y su puesta en circulación obedece a una selección cuidada, ya que si se trataba de emplear un término griego, existía la alternativa de *crematística*, que Aristóteles había distinguido en su *Ética a Nicómano* y en *La Política*, como una forma de comerciar destinada a la acumulación de dinero. Pero se entiende: Aristóteles la había condenado éticamente por cifrarse en la usura, y dotar al dinero de un sentido en sí mismo.

Otra operación de factura propia, es la manera en que el término se sobrepone a una idea metafísica: la de orden espontaneo. Y es que lo que resulte del *ajuste* recíproco de muchas economías individuales, claramente puede ser un orden o cualquier otra cosa; llamarlo *a priori* orden, es una petición de principio.

La estrategia del neoliberalismo es hacer suya y gestionar la escala máxima posible: nombrada como Catalaxia, orden espontáneo del mercado, simplemente mercado o más poéticamente “el horizonte de posibilidades catalácticas” (Hayek, 1998, p. 118). La realidad social coextensiva a la Catalaxia es llamada “la Gran Sociedad”, y se deja conducir por el orden espontaneo del mercado, “la Buena Sociedad”.

Y su argumento principal, una joya de libertad negativa: cualquier intento de intervención en este orden espontáneo, corresponderá a la gestión de una escala de intereses particular (menor), y por tanto será concebida necesariamente como una incidencia distorsionadora del orden espontáneo.

Y es que el neoliberalismo, más acá de su consideración ideológica, de su circulación como teoría económica, su empleo como justificación en la política, se acerca más a un *modelo*, o, para tomar otra expresión prestada, una *matrix* (Munk, 2005).

En rigor, parafraseando a Baudrillard (2014), el neoliberalismo no posee entidad racional, al no ponerse a prueba en proceso alguno. Es *un algo operatorio*. Es un *hiperreal*: “el producto de una síntesis irradiante de modelos combinatorios en un hiperespacio sin atmósfera” (p.11). Está más acá del bien y del mal.

Como intentaremos mostrar en lo que sigue, el neoliberalismo a diferencia de sus precedentes, no es una utopía, sino más bien una simulación, y como tal, “envuelve todo el edificio de la representación tomándolo como un simulacro.” (Baudrillard, 2014, p. 18).

Por eso, como identifican variedad de sus revisores críticos, cuando el neoliberalismo ha sido llevado a la práctica, nada ha impedido que incurriera en inconsistencias ideológicas, contradicciones teóricas y fallos en la predicción económica. Encima, ha requerido del ejercicio de la violencia para reclutar cuerpos sociales dóciles para su realización (Anderson, 1999, 2004; Clarke, 2005; MacGregor, 2005; Munck, 2005).

Por eso último Klein (2014) que ha desarrollado un pormenorizado seguimiento de la difusión del neoliberalismo, ha planteado que la tortura, llega a ser en éste, una metáfora de la *doctrina de shock* que le es cosustancial. Nosotros diríamos primero, una metonimia. Pero como se desprende de su estudio, es más bien el *shock* una metáfora para explicar la manera en que el neoliberalismo consigue, más que aplicarse, *modelar*: producirse a sí mismo a través de la manipulación de materiales plásticos y flexibles. En sus palabras:

“Este libro es un desafío contra la afirmación más apreciada y esencial de la historia oficial: que el triunfo del capitalismo nace de la libertad, que el libre mercado desregulado va de la mano de la democracia. En lugar de eso, demostraré que esta forma fundamentalista del capitalismo ha surgido en un brutal parto cuyas comadronas han sido la violencia y la coerción, infligidas en el cuerpo político colectivo así como en innumerables cuerpos individuales. La historia del libre mercado

contemporáneo –el auge del corporativismo, en realidad- ha sido escrita con letras de *shock*.” (Klein, 2014, p. 36)

1.4.2 MODELO Y MODELIZACIÓN: EL ACOPLAMIENTO HAYEK/FRIEDMANN/PINOCHET. DE LA ESCUELA AUSTRIACA A LA ESCUELA DE CHICAGO Y LOS *CHICAGO BOYS*.

Es reconocido que las ideas de Hayek no habían conseguido mayor influencia hasta establecerse la conexión con Milton Friedman, a propóstito de la fundación en Suiza del club de economistas denominado la *Sociedad de Mont Pelerin*, en 1947. A partir de ahí Hayek se conecta más intensamente con la Escuela de Chicago que lideraba Friedman en la Universidad de Chicago, en Estados Unidos. Así como también es reconocido que el neoliberalismo consigue atravesar las fronteras de la academia finalmente con el exitoso acoplamiento de Hayek, Friedman, la Escuela de Chicago y los *chicago boys*, con la dictadura de Augusto Pinochet (1973- 1990) y sus aliados clave de la elite política, económica y académica de derechas en Chile durante ese período, que les permite tener su primera experiencia de “laboratorio” a escala de una Nación (Klein, 2014). Es a partir de ahí que Friedman y el neoliberalismo inician su periplo de mundialización siguiendo con Margaret Thatcher en Inglaterra, Ronald Riegan en Estados Unidos, y de ahí en adelante. (Colás, 2005; Klein, 2014; Lapavitsas, 2005).

El enemigo político y teórico del naciente neoliberalismo fueron los defensores de los principios instalados por el *keynesianismo*, como respuesta al hundimiento económico del 1929, que fue interpretado con un fracaso del libre mercado: fin del *laissezfaire* del mercado, intervención del Estado en la distribución de la riqueza y establecimientos de marcos para la regulación de la actividad empresarial. (Klein, 2014; Lapavitsas, 2005; Palley, 2005). Pero más radicalmente, cualquier nacionalismo (Hayek, 1998).

De ahí que el primer obstáculo para lo que ellos señalaban como una forma de capitalismo puro, fuesen los Estados con pretensión de regular su economía a una escala nacional para procurar el bienestar de su población. Fuesen estos, Estados de Bienestar o Solidarios, Estados Socialistas o simplemente Estados Nación. Como muestra un botón: “A Great Society has nothing to do with, and is in fact irreconcilable

with 'solidarity' in the true sense of unitedness in the pursuit of known common goals." (Hayek, 1998, p.111).

Por eso autores como Broshammer & Kayb (1998) han reformulado neoliberalmente el sentido de un Estado de Bienestar: según ellos su verdadera justificación debe encontrarse en salvaguardar las precondiciones del mercado, que consisten en los derechos de propiedad segura, existencia del mercado, sus participantes y la independencia de los mismos.

Pero también, seguidamente, deviene en obstáculo todo otro cuerpo que resistiese conformarse al proceso de moldeamiento: bases constitucionales de una solidaridad democrática, formas de solidaridad civil como la sociedad civil y sus organizaciones (agrupaciones gremiales, sindicatos y partidos políticos) e incluso las mismas empresas privadas.

Hayek llegó a afirmar que la democracia podría constituirse en un obstáculo para el mercado, si la mayoría decidiese intervenir los derechos incondicionales que cada actor tiene de disponer libremente de su propiedad y sus ingresos (Anderson, 1999) y seguidores, como Nozik, han llegado a postular el ideal de un Estado mínimo, que sólo reserve para sí la función policial capaz de asegurar las condiciones para un libre desenvolvimiento del mercado (Salvat, 2002).

El problema neoliberal de la limitación del Estado indica, al menos en el proceso actual, que el proceso de modelamiento requiere reclutar, tomando otra vez expresiones prestadas, *actantes* mínimos: Estados, empresas, algunas formas de organización social e individuos; haciendo un correlativo de la idea de Nozik, una *sociedad mínima*. Por otra parte, el proceso de modelamiento, como hemos visto, requiere de materiales plásticos, flexibles; necesariamente la resistencia es un momento del proceso, pero que también dibuja límites que indican el inicio de lo residual. Como modelo es envolvente, es total; como proceso de reclutamiento es parcial: sigue una economía de mínimos. En su realización social se requieren al menos de actores que participen del "juego de la catalaxia" (Hayek, 1998, p. 114), un prometedor juego de competencias y oportunidades:

“In other words, while the share of each player in the game of catallaxy will be determined partly by skill and partly by chance, the content of the share which is allocated to him by that mixed game of chance and skill will be a true maximum.”
(Hayek, 1998, p. 119)

En cierto aspecto, el neoliberalismo opera como una modulación, merced de *sólidos mínimos*, de procesos de gasificación, precipitación, licuefacción, circulación y, muy importantemente, acumulación y concentración del capital. ¿Cuál es la sociedad mínima para este capitalismo puro?

1.4.3 NEOLIBERALISMO Y GUBERNAMENTALIDAD DISTRIBUIDA

Aunque la reflexión en curso se aleja en cierta manera de los planteamientos de Michel Foucault, sus ideas fueron inspiradoras en el desarrollo de mi investigación sobre solidaridad, y en varias de las publicaciones sobre publicidad de ayuda recurrimos a ellas para intentar una inteligibilidad crítica del fenómeno en estudio. Por esa razón, se me vuelve ineludible este desvío en este momento en que me veo en el deber de dar cuenta sobre este trabajo realizado. Pero también, como intentaré mostrar, este breve periplo permitirá expandir algunas de aquellas ideas y generar conexiones de interés para las ulteriores conclusiones.

Como reconocen Rose, Malley y Valverde (2009), el término *gubernamentalidad* fue introducido por Foucault en los años setenta en el curso de sus investigaciones sobre poder político. Empleo que quedó recogido en su mayoría en dos volúmenes que comprenden dos de sus cursos impartidos en el Collège de France: el de 1977 y 1978, reunido en un volumen titulado “Seguridad, Territorio y Población”, el otro entre 1978 y 1979, reunido en un volumen titulado “El Nacimiento de la Biopolítica”; ambos editados por primera vez en francés en el año 2004. En ambos grupos de lecciones, la gubernamentalidad se relaciona con la necesidad de explicar una particular racionalidad en el ejercicio del poder –sus procedimientos y técnicas– por parte del Estado, signada por la atención a dos grandes grupos de problemas –el político y el pastoral– dentro del marco de un pensamiento liberal.

Enfoque que mantiene al menos hasta una publicación de 1981, en donde señala:

“El famoso ‘problema del Estado-benfactor’ no pone solamente en evidencia las necesidades o las nuevas técnicas de gobierno del mundo actual. Debe ser reconocido como lo que es: una de las extremadamente numerosas reapariciones del delicado ajuste entre el poder político ejercido sobre sujetos civiles y el poder pastoral que se ejerce sobre individuos vivientes”. (Foucault, 2002, p. 33-34).

Problema que se enmarca dentro de la función que caracterizaría al Estado desde sus inicios: ser un factor de individualización y de totalización, individualizar y totalizar (Foucault, 2002).

Su planteamiento es, en este punto, semejante a uno de los alumbrados precedentemente en el seguimiento de la deriva del uso de la noción de solidaridad: el problema de una cohesión social cifrada, por una parte, en una solidaridad cívico-democrática, por la otra, en una solidaridad moral. Pero solo semejante: como también hemos revisado, el tratamiento de la solidaridad social ha tendido a sustraerse o a prestarse para soslayar su relación con el ejercicio del poder y las formas de gobierno.

En su curso de 1979-1980, Foucault abrió la puerta para un empleo más amplio del término gubernamentalidad, entendiéndolo como técnicas y procedimientos usados para dirigir el comportamiento humano. Lo que explica su extensión en la actualidad para designar un campo de trabajo y una caja de herramientas, destinadas a realizar un mapa empírico de las estrategias, las técnicas, los procedimientos y las racionalidades de la gubernamentalidad (Rose, Malley y Valverde, 2009). Tautología al mismo tiempo, por cierto.

Este fenómeno, de ampliación o generalización en el empleo del término, se relaciona con un nomadismo: sostener su pertinencia política y su capacidad comprensiva obliga a perseguir los cambios observados en el arte de gobernar. Y es que las respuestas a las preguntas clave ¿Quién o qué gobierna a qué o a quién? ¿De acuerdo a qué lógicas? ¿Mediante qué procedimientos y técnicas? ¿Para qué fines? (Rose, Malley y Valverde, 2009), se van desplazando junto con las mutaciones del fenómeno. Relación especular: la gubernamentalidad se conceptualiza a sí misma.

Y es que el pensamiento del Foucault tiene un compromiso intextricable con el liberalismo y su decurso. Esto es esclarecido en una de sus últimas publicaciones, en la que acomete la gentil obra de ofrecer una lectura retrospectiva del asunto y sentido de su trabajo: “El sujeto y el poder”, aparecida en 1983⁵. En ella es posible comprender cómo en su obra ejercicio de poder, libertad, sujeto y gobierno forman parte de la misma serie, y se presuponen recíprocamente.

Este compromiso se inicia con la distinción que establece, por un lado, entre violencia, y por el otro, lo que serían *propriamente* relaciones de poder, ejercicio del poder y gobierno; con la que a su vez deslinda su objeto de interés. Plantea Foucault (1998), “En sí mismo, el ejercicio de poder no es una violencia a veces oculta” (p.15) y algo más adelante:

“El modo de relación propio del poder no debería buscarse entonces del lado de la violencia o de la lucha (...) sino más bien del lado del modo de acción singular, ni belicoso ni jurídico, que es el gobierno” (Foucault, 1998, p. 15)

No niega Foucault la violencia, o del otro lado los consensos o los contratos, como eventuales instrumentos del poder, pero insiste en que el ejercicio del poder “siempre es una manera de actuar sobre un sujeto actuante o sobre sujetos actuantes, en tanto que actúan o son susceptibles de actuar.” (Foucault, 1998, p. 15). Para él,

“...una relación de poder se articula sobre dos elementos, ambos indispensables para ser justamente una relación de poder: que ‘el otro’ (aquel sobre el cuál ésta se ejerce) sea totalmente reconocido y que se le mantenga hasta el final como un sujeto de acción y que se abra, frente a la relación de poder, todo un campo de respuestas, reacciones, efectos y posibles invenciones” (Foucault, 1998, p. 14)

Por eso define ampliamente el ejercicio de poder como “un conjunto de acciones sobre acciones posibles” y restrictamente como “una cuestión de gobierno” (Foucault, 1998, p. 15).

⁵ Fue publicada como un *postfacio* del libro de Drayfus y Rabinow, “Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica”.

Lo interesante de su caracterización del ejercicio del poder es su doble tecnología: “opera sobre el campo de posibilidad o se inscribe en el comportamiento de los sujetos actuantes”, lo que poco más adelante señala consiste en “conducir conductas” y en “arreglar las probabilidades” (Foucault, 1998, p. 15). Como bien precisa en la parte final de su texto: el poder sólo se puede entender estratégicamente.

Pero lo más comprometido de su definición es la manera en que supone un elemento clave: la libertad.

“El poder se ejerce únicamente sobre ‘sujetos libres’ y sólo en la medida en que son ‘libres’. Por esto queremos decir sujetos individuales o colectivos, enfrentados con un campo de posibilidades, donde pueden tener lugar diversas conductas, diversas reacciones y diversos comportamientos.” (Foucault, 1998, p. 15)

Esta suposición de un sentido negativo de la libertad (*libertad de*), es propia del liberalismo y sus resguardos. Pero internándonos en el planteamiento foucaultiano, es importante entender la especificidad de esta forma de gobierno y ejercicio de poder: supone, al mismo tiempo, una libertad como campo de posibilidades y como la inscripción de una relación del sujeto consigo mismo. Tal vez sea en este último aspecto donde tenga su cumplimiento más estratégico.

De ahí el renovado interés del último Foucault de *Historia de la Sexualidad* de 1984, en las prácticas en las cuáles el individuo se constituye a sí mismo con *sujeto moral*:

“en la que el individuo circunscribe la parte de sí mismo que constituye el objeto de esta práctica moral, define su posición respecto del precepto que sigue, se fija un determinado modo de ser que valdrá como cumplimiento moral de sí mismo, y para ello actúa sobre sí mismo, busca conocerse, se controla, se prueba, se perfecciona, se transforma.” (Foucault, 2003, p. 29).

Campo que abriría toda una dimensión *ethopolítica* de la gubernamentalidad mediante la cuál el sujeto se constituiría en objeto de gobierno para sí mismo (Rose, Malley y Valverde, 2009; Rose, 1998; Rose, 1999).

Como señala el mismo Foucault (1998) es una forma de poder que *transforma a los individuos en sujetos*, sujetos atados a su propia identidad por una conciencia y un conomiento de sí mismos:

“Esta forma de poder se ejerce sobre la vida cotidiana inmediata que clasifica a los individuos en categorías, los designa por su propia identidad, les impone una ley de verdad que deben reconocer y que los otros deben reconocer en ellos.” (Foucault, 1998, p. 7)

Retomando al Foucault de 1988 de *Omnest et Singulatim*, podríamos decir también que de esta manera “Su libertad ha sido sujeta al poder. Ha sido sometido al gobierno.” (Foucault, 2002, p. 62).

En este campo se desarrollaron, por ejemplo, una serie de trabajos *postfoucaultianos* dirigidos a investigar la manera en que la psicología y todo un conjunto o complejo de *disciplinas psi* han contribuido con sus conocimientos y técnicas a conducir una particular manera de subjetivación afín a la gubernamentalidad del liberalismo (Parker, 2002; Rose, 1998; Rose, 1999). También otra serie de obras que apuntaron específicamente a la manera en que las nuevas disciplinas del *managment* del capitalismo de flexibilidad estaban consiguiendo una particular empresarialización del vivir la vida, la relación consigo mismo y los demás, la gestión del Estado y el ejercicio de la política (Abraham, 2000; Rose, 1999; Sennett, 2000; Vásquez, 2005).

En todas ellas es central el procedimiento de *cientifización* de un particular tipo de conocimiento y sus técnicas, para justificar y guiar la inscripción en el individuo de ciertas leyes de autovalía, competencia y maximización de utilidades, como reguladoras de su ejercicio de la libertad en la relación consigo mismo y los demás. Bases de una suerte de *neodarwinismo social* (Salvat, 2002). También la diversificación de las instancias de ejercicio de este poder y su particular forma de gubernamentalidad: ya no sólo el Estado y sus servicios, sino también el ámbito universitario, el del empleo y, más protagónicamente, el empresarial.

Sin embargo, se aprecia un relativo descuido, entendido dentro de la especificidad del enfoque *foucaultiano*, en la atención a las condiciones de posibilidad de dicha gubernamentalidad: como hemos señalado antes, la posibilidad del neoliberalismo y la gubernamentalidad que le es correlativa, ha sido posible merced una gestión primigenia de la violencia social a través del Estado y de la modificación de los “contratos sociales” que regulan las relaciones de los sujetos entre sí y el Estado, así como como sus derechos de soberanía y trabajo, y su participación de la riqueza generada (Colás, 2005; Klein, 2014; Lapavitsas, 2005). No obstante, mirados estratégicamente, el empleo de tales instrumentos del poder han estado en la base de la generación de un *campo de posibilidades* sobre el que gobernar y también de posibilitar *arreglar las probabilidades* de los comportamientos así conducidos en el ejercicio del poder. Incluso, la tortura y el *shock*, han delimitado mediante el miedo, la ley que podrá ser inscrita y el correlativo campo de libertad en que el individuo se constituirá en sujeto.

Llevada esta reflexión a nuestra línea de investigación, como aparece implicada en algunos de los artículos que acompañan esta tesis doctoral, la cuestión de la solidaridad debiera encararse en su vinculación con una forma de gubernamentalidad neoliberal, en su dimensión estratégica de ejercicio del poder:

- a. en su relación con los campos de posibilidades previamente delimitados sobre los que el poder será ejercido,
- b. y en la manera como se inscribe en el comportamiento de los sujetos como un asunto moral conveniente a esa gubernamentalidad

Pero, al mismo tiempo, también es importante atender a la creciente velocidad con que en los últimos veinte años el ejercicio del poder se ha trasladado desde el Estado, hacia las grandes corporaciones transnacionales y su mundo de marcas (Klein, 2008, 2014). Lo que demanda considerar la gubernamentalidad neoliberal, por una parte, como una gubernamentalidad particularmente distribuida, a la vez que considerar las estrategias, técnicas y procedimientos implicados en su particular ejercicio del poder. Lo que exige estar atentos a la emergencia de formas de individualizar y totalizar que

ya no remitirán centralmente al Estado y sus prácticas, y tal vez siquiera a *sujetos libres*, como Foucault los pensó.

1.5 CUANDO EL TERRITORIO ES EL CAPITAL: CAPITALISMO DE CONSUMO Y SOCIEDAD DE CONSUMO

1.5.1 SOCIEDAD DE CONSUMO COMO GUBERNAMENTALIDAD NEOLIBERAL

Como reseñábamos en el apartado anterior, el término gubernamentalidad remonta al análisis que realizó Foucault de la racionalidad política desarrollada con el nacimiento de los Estados modernos, y su relación con las cuestiones de la seguridad, el territorio y la población (Foucault, 2006).

Sin embargo, como hemos querido sugerir hasta aquí, actualmente los términos de referencia que utilizó Foucault se encuentran trastocados: el ejercicio de poder contemporáneo se realiza en una articulación de instancias en donde las corporaciones cobran un alto protagonismo y recíprocamente, el asunto de su territorio se desplaza de los lindes del Estado Nación.

Nuestra idea es que el neoliberalismo ha gestado su propia forma de gubernamentalidad, y que obviamente su comprensión no puede reducirse al análisis de una racionalidad política de Estado. Sin embargo, el seguimiento de esta forma, exige prudencialmente poner entre paréntesis la misma noción de “racionalidad política”, antes de expandirla sin más como pertinente para su examen.

Esta forma de gubernamentalidad tendría su realización social en la sociedad de consumo. Lo que sería una realización social liminal: será necesario explicar en qué sentido en el *consumismo* se despliega algo que pueda ser denominado social, y desde allí, como aquello compondría una *sociedad para* el neoliberalismo.

Aunque Bauman (2007), da una definición para consumismo, que presupone lo social, nosotros creemos que también es pertinente en este caso mantener lo social dentro de la interrogante. Bauman (2007) plantea que el consumismo adviene como

consecuencia del desplazamiento del trabajo como eje articulador de la vida individual y social, y lo describe de la siguiente forma:

“Se puede decir que el ‘consumismo’ es un tipo de acuerdo social que resulta de la reconversión de los deseos, ganas o anhelos humanos (...) en *la principal fuerza de impulso y de operaciones* de la sociedad, una fuerza que coordina la reproducción sistémica, la integración social, la estratificación social y la formación del individuo humano, así como también desempeña un papel preponderante en los procesos individuales y grupales de autoidentificación, y en la selección y consecución de políticas de vida individuales”. (Bauman, 2007, p. 47).

Para nosotros el consumismo será el despliegue propio de una gubernamentalidad neoliberal, que tendrá en la sociedad de consumo su modo de realización social, y en la moda, la publicidad y los medios, su soporte semiótico básico, a través de los cuáles totaliza, individualiza y conduce conductas. Aunque el consumismo se instala casi simultáneamente sobre una mercantilización de lo social, posee rasgos y recursos que le son distintivos, desde los cuáles reconfigura aún a ésta última.

Usando distinciones de Hannah Arendt (1995) diremos que lo propio del consumismo es la reducción de la *acción* –cuyo asunto es lo político– y del *trabajo* –cuyo asunto es la producción del mundo humano– a la bio-lógica de la *labor* –cuyo propósito es la manutención de la propia vida.

Para Arendt (1995) “(...) la labor produce bienes de consumo, y laborar y consumir no son más que dos etapas del siempre recurrente ciclo de la vida biológica.” (p. 94) y como consecuencia, “ Los bienes de consumo, el resultado inmediato del proceso de la labor, son las menos durables de las cosas tangibles.” (p. 94).

El consumismo ocupa la forma de la bio-lógica cíclica de la labor como molde: el agotamiento de lo consumido en el acto de consumir reconduce a la labor, como producción del consumo. Pero merced de la moda y su simulacro de obsolescencia, fabrica su propio flujo del tiempo, con su duración y ritmo; y también sus propios contenidos: nuevas necesidades que se suceden en ese tiempo.

Como forma de gubernamentalidad neoliberal, su éxito estriba en delimitar su campo como campo de posibilidades –de ahí que la ficción de la libre elección le sea consustancial–, pero más importantemente, en que aparezca como el único campo de posibilidades posible, o al menos, el único relevante.

Como diagnosticaba Jesús Ibáñez (1997), era menester que otras alternativas de conformar sociedad se debilitasen como potenciales fuentes de sentido y cohesión, como por ejemplo la participación política o el trabajo, y que luego fuesen subsumidas en el consumismo. Y también, como diagnosticó Bauman (2007) que su capacidad de totalizar fuese inaparentemente totalitaria: se es libre de elegir consumir, pero no de no consumir, so pena de morir socialmente, en la marginalidad o la exclusión.

Pero además juega su efectividad en la manera en que consigue individualizar y conducir una relación del individuo consigo mismo, los demás y su medio. La manera en que inscribe en el individuo un campo de posibilidades, como una libertad con un manual de usuario, para encontrarse y realizarse a sí mismo en ella.

En esta última dimensión de la gubernamentalidad, es interesante la mutación que detecta Baudrillard (2011) entre el *Homus Oeconomicus* y el *Ego Consumans*. Aunque nosotros la derivaremos de una manera diferente. En el primero, aún hay una ontología del hombre, de sus necesidades y de la búsqueda de su satisfacción, merced de la racionalidad de su industria. El sujeto se reconoce en esa ley inscrita dentro de él, que le conmina al empleo de una racionalidad como marco de cálculo, para la conducción de sus esfuerzos y el mejor cumplimiento de sus intereses. Parte de esta línea reflexiva se prolonga hasta *el empresario de sí mismo* (Vásquez, 2005), pero con modificaciones: el agente debe identificarse a sí mismo como gerente de un capital, mercader e inversor en un mercado de valores, que ha de gestionarse racionalmente con miras a maximizar sus utilidades. Pero esta vez la distinción entre el agente y su objeto se desdibuja, y el referente de su éxito es un objetivable externo: las utilidades. Es como si desapareciese el *Homus*, y sobreviviese un *sujeto Oeconomicus*. Por su parte, en el *Ego Consumans*, operaría otro giro: la individualización consiste en el

ejercicio de una racionalidad en el consumo de una identidad⁶. La necesidad –la identidad-, sus satisfactores potenciales –bienes y servicios de consumo- y la medida del éxito, se ofertan como un campo de posibilidades exterior. Al mismo tiempo, la necesidad de identidad a través del consumo se ontologiza y se vuelve imperativa: es ineludible⁷. Pero otro fenómeno es también constitutivo en el advenimiento de este sujeto: el imperativo de la gratificación inmediata, que vuelve obsoletas las disciplinas del esfuerzo y la postergación.

Por su parte, en este despliegue, la sociedad de consumo parece ofrecer versiones viables de los principios que fundaron las primeras solidaridades democráticas: *libertad*, como posibilidad de elección entre una variada oferta a la carta y de realización del sí mismo en ese consumo libre; *igualdad*, merced del masivo acceso al crédito y de una oferta segregada pero mimética, se construye la fantasía de devenir iguales en el consumo; y *fraternidad*, merced del consumo de marcas y estilos previamente estandarizados, se realizan procesos de membresía social.

1.5.2 EL ACOPLAMIENTO MODA/PUBLICIDAD DE MARCA/ESPECTÁCULO

“...la repetición social elemental es el hecho individual del primer imitador, punto de partida del inmenso contagio que configura a la moda.” (Tarde, 2013, p. 134).

“La moda, por lo tanto, no es otra cosa que una forma de vida, entre muchas otras, a través de la cuál la tendencia hacia la igualación social y la tendencia hacia la diversificación y la variedad se confunden en una actividad.” (Simmel, 1999, p. 38)

“El espectáculo no es un conjunto de imágenes sino una relación social entre las personas mediatizada por las imágenes” (Debord, 2002, p.38)

En *La société de consommation* de 1970, Buadrillard plantea que ésta es atravesada por una profunda contradicción política y de la sociedad civil: al tiempo que “el sistema

⁶ Como desarrollaremos en el apartado siguiente, esa racionalidad luego es subsumida en una emocionalidad, que será, a su vez, consumida.

⁷ Sobre este aspecto, por ejemplo, Abruzzese (2010) ha explorado las modulaciones entre “estar a la moda” y “ser moda” en la creación de una identidad social merced del consumo en el “mercado de identidades”.

necesita producir individualismo consumidor” (Baudrillard, 2011, p. 88), requiere de fuerzas de cohesión y regulación. Para él,

“Eso solo puede resolverse con un aumento de la ideología altruista (también burocratizada: ‘lubricación social’ a través de la solicitud, la redistribución, la donación, la gratuidad, la propaganda caritativa y de las relaciones humanas).” (Baudrillard, 2011, p. 88)

Estas formas de resolución operan conjuntamente con un efecto *envolvente*⁸.

Baudrillard (2011) encuentra en la “La mística de la solicitud” uno de los rasgos más característicos de la sociedad de consumo: que en ella todo es servicio, todo lo que se oferta, se ofrece en su doble faz de servicio /gratificación personal. Incluso al Estado, sus políticas sociales y su relación con la sociedad civil. Plantea,

“De ahí la importancia ideológica capital del modo ‘social’ de la redistribución: esta induce en la mentalidad colectiva el mito de un orden social dedicado por entero al ‘servicio’ y al bienestar de los individuos.” (Baudrillard, 2011, p.201)

Lo que ofrece un marco *atmosférico*, y no de justificación, que permite que se deslice de manera natural y adecuada el vuelco de los Estados sociales, desde una solidaridad mutualista, a otra altruista (Petrella, 1997)⁹.

Dentro de ese marco, la publicidad misma será entregada como una “fiesta gratuita” para la “gratificación colectiva” (Baudrillard, 2011, p.201). Y los objetos o servicios consumidos, asignarán colectivamente a los consumidores a un código, que los ubicará recíprocamente respecto de sí y del resto, como individuos de tal o cuál clase, grupo o estilo.

⁸ Recordemos una formulación posterior de él para especificar el fenómeno de la simulación, y que ya utilizamos precedentemente: “envuelve todo el edificio de la representación tomándolo como un simulacro.” (Baudrillard, 2014, p. 18).

⁹ Petrella (1997) ha señalado que la solidaridad, junto con el postulado de la ciudadanía social, fue uno de los dos principios fundacionales de la sociedad occidental del Estado de *Welfare*, también conocido como Estado de Bienestar y Estado Solidario: que implicó una superación de la idea de Estado vinculado a la mera labor de asistencia pública (*solidaridad altruista*), y el paso a un Estado basado en una noción mutualista del porvenir y del bien común (*solidaridad mutualista*).

Simmel en 1905, en su texto *Die Mode*, ya había dilucidado agudamente este aspecto que hoy podríamos llamar *sociosemiótico* que adquieren los objetos en la moda, que ordena lo social en una segregación sincrónica y diacrónica:

“La moda es, como digo, un producto de separación clasista, y se comporta como, por ejemplo, el honor, cuya doble función consiste en cohesionar y, al mismo tiempo, aislar un círculo de otros.” (Simmel, 1999, p. 39).

“La esencia de la moda consiste en que siempre participa de ella un sector de un determinado grupo, mientras que el grupo, como tal, se halla de camino hacia ella.” (Simmel, 1999, p. 46).

Jesús Ibáñez (1997) dirá mucho tiempo después que la moda, merced de la publicidad de marcas, producirá la diferencia entre dominantes y dominados como un déficit espacial y temporal. Espacial: los productos de serie para las clases oprimidas simulan los modelos para las clases dominantes, pero su calidad técnica y estética es muy deficiente. Temporal: cuando las clases dominadas acceden a los productos que marcaban el prestigio de las clases dominantes, éstas ya se han constituido en la posesión de otros productos signo de prestigio.

Simmel, en aquella época visualizaba la moda como “una forma de vida, entre muchas otras” (Simmel, 1999, p. 38) a través de las cuáles se satisfacían las tendencias a la igualación, la variedad y la diferenciación social.

Pero algo diferente está ocurriendo cuando, setenta años después, Baudrillard (2011) señala que merced del consumo se asigna un código¹⁰. Este fenómeno se ubica en el contexto de una mediatización de la vida social, en donde “el medio es el mensaje”, y es un imperativo: *mensaje de consumo del mensaje* (Baudrillard, 2011, p. 145).

¹⁰ La noción de *código de lenguaje*, fue introducida con posterioridad en 1993 por Dominique Maingueneau para “definir la manera en que un posicionamiento moviliza el lenguaje (...) en función del universo de sentido que quiere imponer.” (Charaudeau y Maingueneau, 2005, p. 86). El código sería una manera singular de determinar y gestionar la interlengua, entendiendo ésta como “la interacción de las lenguas y los registros o de las variedades de lenguas accesibles”, “el espacio máximo a partir del cuál se instauran los códigos de lenguaje.” (Charaudeau y Maingueneau, 2005, p. 86). En el uso de Baudrillard atisbamos la cuestión de una capacidad de determinar la interlengua, y los códigos posibles; es decir, de una *sobrecodificación* y del establecimiento de un *régimen de signos* o una *máquina semiótica* (Deleuze y Guatari, 2000).

Y donde más importantemente, los medios *son* el mundo: se vive- consume en el mundo como se vive- consume en los medios; *ergo*, se vive- consume en los medios: la exposición, la mirada que se dedica y se recibe, es en todo momento la de los medios. El *reality show* es un caso de metonimia y metáfora de esta no-relación: en el *reality show* los espectadores consumen como espectáculo exótico una reproducción de pequeña escala de los principios que regulan su vida en sociedad, con sus desempeños posibles y deseables; y simultáneamente, son modeladas condiciones de vida, desempeños posibles y deseados, como una forma natural de vivir.

Fenómeno que con mucha anticipación había descrito Guy Debord en 1967 en *La société du spectacle*, cuando señalaba que el espectáculo, entendido en su totalidad:

“Es el núcleo del irrealismo de la sociedad real. Bajo sus formas particulares – información o propaganda, publicidad o consumo directo de diversiones-, el espectáculo constituye el *modelo* actual socialmente dominante.” (Debord, 2002, p. 39).

Antes ha aclarado que no debe entenderse al espectáculo como un engaño, sino como una visión del mundo que se ha hecho efectiva, que se ha traducido en términos materiales, que ha sido objetivada: una *Weltanschauung* (Debord, 2002, p. 38).

En el seno de esta reconfiguración que realiza el espectáculo, la moda y la publicidad de consumo ocupan un nuevo papel central.

Jesús Ibañez (1997) señala que en la realización social del paso del capitalismo de producción al capitalismo de consumo, es clave el fin de la publicidad referencial y el inicio de la publicidad de marca. La nueva publicidad de marca:

“...no informa *sobre* los productos: informa *al* consumidor. Los productos, en realidad, no existen: han quedado reducidos a meros signos. La publicidad no habla de los productos: son los productos los que hablan de la publicidad. La marca de un producto no marca al producto: marca al consumidor como miembro del grupo de consumidores de la marca. En resumen: no consumimos, somos consumidos”. (Ibañez, 1997, p. 227).

Para Ibáñez (1997) esta publicidad es el más perfecto dispositivo de domesticación del que dispone el capitalismo de consumo, ya que traza nuestros caminos y nos encierra *desde fuera*:

“El espacio en que se mueven los consumidores es un encierro en un trayecto (un sirrema= correr juntos). El consumidor nunca saldrá de la red de centros comerciales-autopistas- segundas residencias (...) Las alambradas de acero han sido sustituidas por alambradas de palabras.” (Ibáñez, 1997, p. 232).

Pero se trata de un encierro en un mundo imaginario, de signos que remiten a otros signos, en donde consumir es el pase “a penetrar (imaginariamente) en ese mundo.” (Ibáñez, 1997, p. 234): igualados, diferenciados, jerarquizados, puestos en relación entre sí, los consumidores de marca seguirán constituyendo un grupo imaginario. ¿Pero qué no lo sería?

El consumo es el nuevo campo de posibilidades en donde se ejerce el poder y se constituye el *ego consumans*, su sujeto. Extremando alegóricamente una expresión de Klein (2008) habitamos en *la ciudad publicitaria* (p. 205). Y es que se trata de un doble proceso, o más bien, un solo proceso de doble faz:

“Del mismo modo que las palabras y las imágenes de propiedad de las empresas se adoptan como una especie de taquigrafía internacional *de facto*, así los espacios privados de marca se están convirtiendo en plazas públicas *de facto*”. (Klein 2008, p. 225).

La publicidad de consumo, esa “especie de taquigrafía internacional *de facto*”, realiza este código de códigos, en el que se consuma y consume *la ciudad publicitaria*. El acoplamiento medios/moda/publicidad de marca sobrecodifica el conjunto y hacen de la *sociedad* de consumo, la sociedad.

1.5.3 CAPITALISMO DE CONSUMO, PUBLICIDAD Y GESTIÓN DE ESCALAS

Siguiendo a Habermas, Fairclough (1995) describe este proceso como efecto de un proceso progresivo de *colonización del mundo de la vida*, por parte de las empresas y

el Estado, en donde las prácticas de comunicación son reemplazadas por prácticas estratégicas (p.136).

Caracteriza a este proceso como *marketization*¹¹ (Fairclough, 1995) y reconoce en el género de la publicidad de consumo, de marca, su principal recurso discursivo, semiótico, por medio del cuál algo que se ha originado como algo singular, el mercado (una actividad y un lugar más dentro de la vida, un dominio de una disciplina), se constituye en las bases de dominio en términos de las relaciones sociales, los valores culturales y las identidades.

Fairclough (1995), señala que la generalización de la publicidad como práctica discursiva, ha reestructurado las relaciones entre órdenes del discurso y prácticas discursivas: “...the genre of consumer advertising has been colonizing professional and public service orders of discourse on a massive scale” (p. 139).

Pero como identifiqué con posterioridad, lo particular de este fenómeno no es sólo la colonización por parte de un ámbito de la vida social hacia los demás, su generalización o su masificación, sino que constituye al mismo tiempo una reorganización en una nueva escala, “el establecimiento de nuevas relaciones entre las diferentes escalas de la vida social (y entre las redes de prácticas sociales en las diferentes escalas): entre la escala global, la regional, la nacional y la local.” (Fairclough, 2003, p. 188).

Se trataría de un proceso de reestructuración y asignación de una nueva escala a este capitalismo de consumo, en donde el neoliberalismo “puede comprenderse como algo referido a un proyecto político encaminado a eliminar los obstáculos” (Fairclough, 2003, p. 188). Una dimensión clave de este proceso, y de ahí la centralidad de la publicidad de consumo, es la semiótica: “la reestructuración y la asignación de una nueva escala a los órdenes del discurso, lo que implica unas nuevas relaciones estructurales y escalares entre las variedades discursivas, los discursos y los estilos”. (Fairclough, 2003, p. 188). Relaciones que ciertamente son también, relaciones de poder.

¹¹ Se puede traducir propiamente por mercantilización, en lo que esto lleva implicado de mercado, mercancías, mercadeo y publicidad de marca.

Esto implica una modelización de las prácticas discursivas por los medios, géneros y fines en la publicidad de consumo. Y en la misma medida una instrumentalización de las formas de comprensión y significación en arreglo a esos fines. Lo que conlleva, al menos dos implicancias centrales (Baudrillard, 2011; Fairclough, 1995; Ibáñez, 1997): un cambio en los modos de significación, ya que se instala una significación sin referencia, y el consecuente desplazamiento del problema de la verdad.

El valor de la publicidad se mide por su capacidad de conducir conductas, de encerrar consumidores en trayectos, por la eficacia de su señalética. Algo semejante valdrá para el consumidor, en la interacción cotidiana en la ciudad de la publicidad. Los juegos de verdad, de bien o de belleza, son reducidos a juegos de *performatividad*.

Preocupa a Fairclough (1995) la consecuente reducción de campo de la reflexividad para el sujeto de esta cultura de consumo; cultura que Bauman (2007) caracteriza también con preocupación, como una cultura del “sin pensar”. Señala con criticidad Ibáñez (1997) que somos conducidos de manera que “nuestros caminos eviten los lugares/momentos en los que se toman las decisiones y se diseñan las acciones” (p. 233), y siguiendo a Luhmann plantea que las leyes, las normas, son sustituidas por la *performatividad de los procedimientos*.

Si es cierto que la sociedad y sus sujetos se piensan con su cultura (Fernández, 2002), es menester atender a los efectos en esa recursividad. Y es que este código de códigos, parece requerir a su vez una reflexividad mínima, un modo de significación mínima y una semiosis mínima: ¿deriva su eficacia de la economía de una sintaxis, en el mayor de los casos de una gramática o una señalética, con una casi prescindencia o subordinación de una semántica? Al tiempo que exacerba la relevancia del efecto de las conexiones sígnicas y del desempeño en un campo privilegiadamente ritualizado: el consumo.

1.5.4 GUBERNAMENTALIDAD DE CONSUMO: AFECTIVIDAD Y SOLIDARIDAD MODAL

Y es que este modo de conducción de conductas opera menos como una racionalidad y más como una afectividad, menos en una dimensión lógica y más en un dominio de formas, menos sobre una inhibición y más sobre una exhibición. Su campo de

posibilidades es el de una afectividad colectiva, cuya ley podría entenderse como la inscripción en el sujeto de “un código de conveniencias sentimentales” (Blondel, 1966, p.179) y convecciones de puestas en escena.

Como nos planteaba ya el 1928 Charles Blondel en su *Introduction à la psychologie collective*:

“...en sus afecciones, nuestra vida interior tiene algo de convencional. Cada época tiene su código de conveniencias sentimentales, variable visiblemente de una a otra, que decreta su ideal afectivo.” (Blondel, 1966, p.179).

Para un pensador que inscribe su obra en la tradición de la psicología colectiva, Pablo Fernández Christlieb (1999), “Afectivo será todo aquello que no tiene lógica ni pensamiento, pero tiene realidad y forma” (p. 136) y “Una forma es por antomasia aquello que es real pero no se puede decir” (p. 135). La afectividad colectiva se trata entonces de una realidad de relaciones estéticas hechas de formas. Para él, “las interacciones estéticas son apariciones” (135).

Para nosotros, siguiendo a Simmel (1999) y posteriormente a Goffman (1997), toda aparición es una aparición en escena, parte de una puesta en escena. La estrategia desplegada merced de la mediatización, la moda y la publicidad, consistirá en diseñar las escenas de la vida de consumo como campo de posibilidades para el *ego consumans*, a la vez que inscribir en cada una de ellas y en él, su *código de conveniencias sentimentales*.¹² Parafraseando al Foucault de la “Historia de la Sexualidad”, no estaríamos frente al problema del placer y una *hermenéutica purificadora*, sino en el campo no problemático de la relación de los placeres y *las estéticas de su uso* (Foucault, 2003, p. 230).

Si se llamó *solidaridad mecánica* a un relacionamiento social pre-industrial, *solidaridad orgánica* a un relacionamiento marcado por las formas de diferenciación e integración del capitalismo industrial, siguiendo la metáfora de la ideología del altruismo como

¹² Cuyo estudio se relacionaría en parte, como ha planteado la tradición de la psicología colectiva, con la comprensión de las *unidades situacionales* como las denominó Kurt Lewin y su idea de *campo* (Fernández, 1994, p. 139- 143)

lubricante de Baudrillard (2011), podríamos denominar *líquida* a una solidaridad del capitalismo postindustrial¹³.

Continuando con esta serie, y con base en las consideraciones ya realizadas, bien podría denominarse *modal* a la solidaridad del capitalismo de consumo. No sólo modela y modula los flujos del capital, sino que simultáneamente modela y molula un campo para la totalización y la individualización, la igualación, la diferenciación y la articulación de la diferencia en el despliegue de una colectividad, al tiempo que oferta códigos para la regulación de las relaciones recíprocas.

¹³ Si no fuera por el uso y abuso que ha hecho Baumann de la figura de lo líquido hasta desgastarla.